

ESTUDIOS

LA HISTORIA, CARGA Y CONTORNO DEL HOMBRE

El problema de la historia es en relación con el hombre que la protagoniza, el tema mismo de la autenticidad.

De ahí el valor de Dilthey, con su crítica de la razón histórica —frente a la crítica de la razón pura—. En esta línea siguieron a Dilthey, Windelband, Simmel y Troeltsch, y fue este último quien para definir precisamente la posición del hombre ante la historia —con relación a la angustia— buscó las incitaciones decisivas en la contemplación de lo acontecido. En consecuencia, todo nuestro pensamiento queda integrado en su inmixción temporal. También Heidegger reconoce la versión diltheyana, y por ella surge en él su visión del hombre como ser cargado de historia y menesteroso de doctrina —justamente de esa doctrina que ha de absorber los elementos históricos sobre los cuales encuentra asiento—.

Reléido Dilthey tras ser leído Heidegger, se advierte la fuerza de la historia como modo de vida flotante en la conciencia. No es sólo que vivamos en la historia, sino que tengamos conciencia de que vivimos en ella. Dilthey vertió el concepto de la temporalidad sobre las realidades presentes: En su virtud, cuando hablamos de París, de Venecia, de Bolonia o de Salamanca no pensamos solamente en lo que hoy son estas ciudades, sino en toda la carga histórica que las anima.

De este modo, el historicismo diltheyano permitió rodear a las fechas de una inefable e indecisa fluidez. Su visión histórica contrasta con el clasicismo pensado como intemporalidad. La significación de esta actitud es feliz en sus consecuencias al tratarse del hombre: el hombre se hace en la historia. Ya lo había notado Maine de Biran: «je ne suis pas encore achevé, je ne le serai jamais...». El hombre no sólo tiene historia, sino que está en ella, apareciendo realmente afectado por la historicidad y suscitando la idea, subrayada por Ortega, de la vida como propia sustancia. Añádase a ello la huella hegeliana.

Hegel, autor de tantas hazañas, nos legó la idea de desarrollo, partiendo de la realidad de las variaciones del mundo del espíritu al través del tiempo. Pensaba en la marcha del hombre hacia la perfectibilidad, precisamente apoyándose en la significación del espíritu que se une al tiempo en su despliegue existencial.

Si repasamos estos conceptos reconocemos que el hombre se hace historia al historizarse; se ve en su tiempo y mezclado con él. No se comprenden San Agustín ni Séneca ni Juliano el Apóstata, sino en su contorno... Pero no nos dejemos arrastrar por las consecuencias de esta lógica, ya que si el hombre no es claridad pura ni pura intemporalidad, hay algo intemporal y clásico en él: lo eternamente humano, ínsito en la naturaleza.

En el hombre está lo del tiempo en que vive y lo de todos los tiempos en que vivieron los demás hombres. Por ejemplo, en el caso de Maquiavelo su significación histórica nos da las dos vertientes: la del tiempo, facilitando el estudio de las Señorías italianas que conoció, y la de todos los tiempos, ofreciendo la politicidad de la acción del hombre. Por eso, cuando Menéndez Pidal precedió a la Historia de España por él dirigida de una introducción, ¡hizo centro de ella al hombre español!

La historia, como la vida, se nos ofrece multidimensional, mas es notorio que brillan en ella dos planos generales: el político y el social. Otto Brunner piensa que tal como sucede en la geometría descriptiva, hay que proyectar sobre ambos planos el cuerpo entero de la historia. Más aún, podríamos añadir, importa mucho subrayar la significación del plano social, absorbida en demasía, tradicionalmente, por el plano político. Y justamente en un instante y sobre una zona en la que lo puramente político, como plena autodeterminación humana, va perdiendo perfil; mientras lo cobra, con absoluto derecho reivindicatorio, el plano social que muestra lo que pesan y lo que valen las estructuras que vinculan a los hombres y a los grupos —entendamos aquí por estructura un arreglo ordenado que solicita la adaptación de las partes en subordinación al todo—. Su fondo es necesariamente dinámico porque recoge la interacción de las fuerzas que si no tienen que ser por definición antagónicas, sí han de mostrarse en plena actividad. Así la estructura social es un producto histórico, resultado de una larga y a veces penosa adecuación a influjos y avatares.

De ahí deducimos que la estructura de una sociedad no es cosa distinta al conjunto de las relaciones sociales complementarias que hace interesar a los hombres en el comportamiento del prójimo; parte del reconocimiento de vínculos y de agrupaciones, de trabazones y de categorías; vigoriza y traba. Los grupos amorfos delatan ausencia de estructura o al menos de grado estructural. La intensidad califica de tal modo que cuando la extensión se

consigue a su costa, mengua el conjunto social mismo. La capacidad estructuradora y el acabamiento del ensamblaje hacen fijar la forma de los grupos. De ahí que las imágenes de la catedral o de la melodía resulten adecuadamente aprovechadas para expresar la vida social.

La idea de estructura no se aleja mucho de la vieja idea de forma, que conduce a esos todos unificados en que pensaba Aristóteles. Cerca anda también el fenómeno de la objetivación en la fórmula kantiana. Un orden social frente a los individuos depende de esta conformación. Y por ella llama a la consistencia. En el esfuerzo del hombre por concretar, trata de aprehender, de aprisionar a la realidad.

El hombre se pregunta, ¿qué es la cosa? Y cuando contesta, como señalando el objeto cosa, no sólo propone el conocimiento de la esencia, sino el de la consistencia. Una de las exigencias de la clasificación del concepto de estructura está en el replanteo de la ontología. La realidad nos lleva hacia el ser, pero un ser que no consista es impensable. Consistir es resistir a una presión del espacio, del tiempo, del poder que se enfrenta, de la soberbia que se levanta...

Si la consistencia depende del grado de estructura, la porosidad y el impulso de penetración son tributarios de la hondura y de la multiplicidad de los vínculos. Consistir puede ligarse a la intensidad, pero muy a menudo se aleja de ella, y aun al contrario, porque lo intenso suele ser transitorio o carece de la resistencia necesaria para permanecer, que es consistir también. El fanatismo mueve, pero no siempre afirma; el flechazo puede acabar en matrimonio, mas puede ser episodio temporal o anécdota.

Consistir es, en mi opinión y como he señalado en mis *Cauces de la convivencia*, ser de una manera determinada: ser calificadamente en relación con algo. La consistencia no es producto de acumulación, sino de preformación: el hombre consiste en el embrión, pero el niño racional no consiste en la vida sensitiva del infante. Por eso estructura, esencia y consistencia se nos ofrecen con una extraordinaria riqueza en el orden de los conocimientos histórico-sociales.

El entero tema de la institución y de la función está en ese entresijo: cuando la estructura consiste estamos delante de la institución; cuando la cohesión interior se muestra dinámica encontramos la función cumplida...

El problema del juego de estructura-institución-función estriba en que la institución, una vez tutelada por el Derecho, tiende a emanciparse de sus estructuras precedentes. Así, la consistencia nos permite observar a los grupos. Precisamente la medida de tal consistencia viene perfilándolos. Y de seguida llega el elemento histórico: la permanencia, la duración. Lo que se estructura y consiste, sobrevive a la existencia breve de lo efímero y lo actual, en-

tra en la historia. Las cosas duran porque logran estabilidad, porque no se descomponen... (Lo digo con el vigor que estos vocablos tienen en química.) Fijadas así las estructuras, adheridas las funciones, prendidos los hombres, es más fácil imaginar el mundo histórico, el dinamismo de la ordenación y de la organización y el papel que cada uno de los vínculos representa.

Cuando pensamos en la familia, institución social por excelencia, pensamos —sin querer— también en el parentesco y aun sencillamente en cuanto asoció históricamente la raíz sexual: tribu, clan, raza... Si meditamos en torno a la profesión, no tenemos que esforzarnos en ver tras el sindicato al gremio, tras la mutualidad la cofradía...

Sale de ahí un fiel contraste entre lo social y lo político. Las estructuras políticas tienden a configurarse en contraposición bilateral, como anverso y reverso. En los grupos sociales tal contraposición constituye excepción: no se enfrentan las familias sino por razones políticas, ni las profesiones sino por el mecanismo de la concurrencia organizada... El estudio de los grupos vocacionales de fondo artístico o cultural ofrecen juntamente una clara unilateralidad, a pesar de que su mecanismo muestra múltiples facetas.

Para quienes definen, como Benoist, el maquiavelismo cual realismo florentino, aquél es más un método que una doctrina, aunque como tal haya podido ser contrapuesto al moralismo de Moro o a la actitud espiritualista de Savonarola. Frente al fin práctico del dominio, el fin ideal de la justicia. Pero esta contraposición, exagerada por Gebhardt Ritter, no deja de tener sus ribetes de arbitraria, porque ni Maquiavelo es sólo un cínico, ni Moro es únicamente un ideólogo: basta que recordemos la preocupación del canciller, según la referencia testimoniada por Fox Morcillo por temas tan prácticos como los de abastecimientos.

El extremo de la postura realista sería así la del materialismo, a partir de Feuerbach, que ve como esencia de la vida el elemento gastronómico, y como centro del espíritu la idea del terror por la ultratumba. Marx llega a más: para él la esencia de las cosas se confunde con las condiciones de la biología y de la economía. Si por un lado valora la aportación de la actividad humana a la vida política y social, por otro interpreta la situación mediata como contradicción entre los modos, antiguo y moderno, de producción. Sobre esta base, Croce se pronunció contra la denominación de materialismo dado a la teoría marxista; cree que se trata sencillamente de una concepción realista, enfrentada a teologismo y a la metafísica. Pero es evidente que por el materialismo o realismo extremo de Marx, si se aclaran muchas cosas, según la sugestión de Sorel, no se explica ninguna. En el fondo, la historia queda capitisdiminuida, reducida a lo que tiene menos sentido histórico. La misma versión de Labriola adolece de igual incorrección: no pueden reducirse al

económico todos los factores que actúan en la historia. Otra cosa sería subrayar el papel principal que en ciertas épocas ha tenido el factor económico —como en otras, en efecto, lo adquirió la religión, el arte o la ciencia—.

La historia ha acumulado muy expresivas experiencias. Las gentes que vivían en ciudades de fundación, como las colonias, o fuera de los viejos muros, como los mercaderes del burgo, daban consistencia a su esencia social estructurando los mecanismos de convivencia. Puede así afirmarse que la agrupación de los hombres se ofrece en grados distintos de consistencia, probados en la historia por la duración. La complementación del consistir del grupo lleva a una cierta ordenación orgánica, racionalizante. La institución y la función tornan a mostrar su fuerza vinculante. Ejemplos españoles los del enlace de la baja nobleza con las ciudades castellanas —y sobre todo andaluzas— y de la naciente burguesía en Levante, y especialmente en Cataluña. Todo grupo que logra permanecer lleva a su existir el consistir desarrollado por sus propios modos de vida y de cultura. Esta funciona a la manera de código de conducta, definidor de las situaciones individuales de acuerdo con formas previstas o esperadas. De ahí que la relación del hombre con el grupo haga aparente la modificación del comportamiento, y, por lo tanto, resulte posible su observación. Así, típicamente, la historia señala la contraposición de situaciones apoyadas en el honor o en el quehacer, en el poder y en la obediencia, en la jerarquía reconocida... El vínculo del grupo llega a las veces a presentarse decisivo-político. Así resulta válida la observación de Summer-Maine sobre que la ley interna de los grupos sea la paz y su relación con el exterior, la guerra.

La sociabilidad queda desplegada sobre las uniformizaciones ejemplificadoras. Hay conductas colectivamente sancionadas en torno a la piedad, la crueldad, la neofobia o el ascetismo. La piedad contrastará con el furor bélico, el ascetismo con el hedonismo, la neofilia con la neofobia. La sujeción a esas uniformizaciones es interesante mecanismo social, pero no siempre resulta aprovechable axiológicamente. La estabilidad de la conducta depende del equilibrio en el comportamiento. Aunque el hombre no varíe sus actitudes al modo como las partituras musicales pueden ser construidas sobre las notas de un pentagrama, puede salir de las categorías codificadas en razón con las relaciones mismas que se van produciendo: resistencia, concurrencia y esfuerzo obligado. Por ello las estructuras difieren con plasticidad que las individualiza y conforma. Puede, pues, afirmarse, con Freyer, que todas las realidades sociales concretas están constituidas por varios estratos y reciben su forma —o consistencia— por la acción conjunta de múltiples principios constitutivos.

La adscripción a la tierra no sólo forja el colonato, sino la entera vida ru-

ral. El medro y el lucro impulsan las estructuras a la riqueza. La religión da consistencia a las creencias formulando dogmas, y fija la liturgia con el rito. Si la aldea depende del campo —árbol y tierra—, la ciudad deriva del camino-ruta y mercader. No se ha subrayado bastante la influencia del camino en la conformación urbana, siendo así que se advirtió bien pronto el juego del mercado, que es la meta del camino. La vida urbana es resultado de la circulación. Todavía hoy con más vigor que en su origen, esta circulación —no ya de mercaderes, sino del conjunto demográfico— marca la vida urbana... La riqueza impulsó esta trayectoria y logró codificarla y formalizarla, incluso en las artes plásticas. En cuanto a la religión, los dioses comunes del mundo griego, el Pantheon, las peregrinaciones y los oráculos fueron fuerzas unificadoras, comunicantes y homogeneizantes. Función análoga tuvo en Roma el culto imperial. El cristianismo dio más todavía: la unión de la confesión con la humanidad, forjando la persona.

* * *

Antes de señalar lo que pueda significar la menesterosidad que tiene el hombre de doctrina, quisiera contar una pequeña anécdota, porque a las veces en estas anécdotas íntimas se encuentran las claves más claras...

Ibamos por tierras ligadas a mí por razón familiar. Por carretera y con carretela, mirando a las gentes, años atrás vistas. Y veíamos a trabajadores viejos y afanosos, que corrían por las glebas sin apenas descanso... Y aquellos tipos que hermanaban dos vidas: cocinero en la mar, fondista en la tierra, erguido y alto como palo de fragata; ancianos vigorosos metidos en el paisaje y en el corazón, con existencias que suenan a perennidades.

Comprobé entonces, además, los contrastes del mar y la montaña, y el fondo pastoril, con frescor de buenos tiempos. Releyendo a Azorín en su tierra propia pude gustar las contraposiciones de la playa y la meseta; rele-yendo a Miró pude meditar en su huerto de cruces y en los caminos y los caminantes. El paisaje así visto se me ha antojado hecho de historia y de letras, de sangre y de carne, de esperanza y de fe. El hombre así sentido temblaba al caminar, situado el paisaje como fondo sobre el cual emergían las vidas una y mil y me preguntaba hasta qué punto, el hombre y el paisaje, la tierra y el hombre, se incluyen en acción y en reacción alternativas.

A Azorín y a Miró ha sucedido en mis lecturas, A. J. Toynbee. El historiador-teorizante subraya el interés de la geografía en la historia, que sería el reflejo universal, colectivo, de cuanto íbamos diciendo. Pero al lado de esa reacción toynbeeana hay también una influencia de topografía, no sólo gené-

rica, sino local de aquel sitio donde se vive, de aquella parte de la tierra (que puede no ser tierra) donde se habita. No basta la influencia geohistórica, importa la influencia topográfica. En ésta más que en aquélla habrá que meditar.

Importa ver dónde se permanece y cómo se produce esa permanencia: atender a los ejemplos de extrema relación de la tierra con el mar, y estimar la litoralidad, condición periférica, y la insularidad, litoralidad sin fondo. Cuando se ha señalado que los hombres de mayor sentido político, como unificadores y conductores de pueblos proceden del litoral (como Franco, gallego; Stalin, georgiano, o Hitler, austríaco) o de las islas (como Napoleón, corso), no se ha hecho sino señalar una circunstancia que debía ser apurada convenientemente.

Plantéase también el tema de la relación de las sociedades humanas entre sí, tema matizado por la referida condición. Acaso el más completo cuadro de aislamientos no nos lo dé la isla, que puede ser grande, y por tanto su insularidad pura litoralidad, sino el islote. Transplantada la imagen al mar de arena, igual consideración merecerá el oasis.

Conocemos como fenómeno generalmente advertido el de la mayor densidad demográfica de las zonas costeras, litorales marítimas, y aún conocemos cuan difícilmente surge el protagonismo histórico de las zonas interiores, de los territorios sin litoral. Acaso ahí el espacio modifica los repliegues del alma. Ya señaló Bodino una típica actitud isleña: «insulanos omnes infidos habere».

Hay mil facetas, y se multiplican los cambiantes de la meditación cada vez que un nuevo aspecto cobra relieve. La tierra está ahí para apoyo del hombre..., pero también inyectándole una propia alma, más o menos soñadora.

Pocos saberes necesitan como éstos, tan al aire como están en los viejos tratadistas, del rigor del tiempo en que vivimos para afinarlos. Ratzel ya distinguió «sitio y situación» (*Raum und Lage*), conceptos que cobraban mayor vida al ponerse en contacto con algunas experiencias, como la danesa y la suiza. Estos dos conceptos —ha escrito Perpiñá—, siendo favorables, ayudan a la permanencia y estabilizan el espacio económico. Incluso derivando su referencia al mundo español ha podido pensar el estudioso recién citado que la decadencia de Castilla se debe a la falta de estas condiciones, no sabiéndose o no pudiéndose superar las dificultades, de modo que el posible cambio resultó atraído hacia otras zonas: tal es el ejemplo de Flandes en la Edad Moderna.

El espacio importa, pues, en cuantos pliegues y repliegues presenta. No sólo como profundidad ni en relación con la producción, sino como extensión y como escenario, en el simple sentido de territorio —entidad suprema del Derecho público—, potencia natural con desarrollo en los linderos de la

metafísica. De los tres elementos clásicos del Estado, territorio, población y soberanía, la permanencia o duración sólo corresponde al primero. A ese territorio y a sus condicionamientos se debe —después del hombre, con toda su fuerza espiritual (y en relación con el régimen político que autorice o coarte esa misma expansión del espíritu)— una buena parte del curso de la historia.

Es evidente que el establecimiento y la subsistencia de un dominio centralizado depende de un sistema eficaz de comunicaciones: las carreteras militares de Roma dieron la pauta del mundo occidental, como las rutas de los correos del Rey Ciro han tenido que ser seguidas por los rieles del ferrocarril de Bagdad. La vieja Europa se asombró de los relatos de Marco Polo y no quiso creer lo que decía sobre las comunicaciones asiáticas: era verdad, sin embargo, que los mensajeros del Gran Mogol recorrían más de treinta millas diarias gracias a una magnífica red de relevos. Y bien se sabe que sólo merced al Transiberiano pudieron mantener los Zares bajo su dominio las lejanas regiones a donde llegaba el coche de vapor.

Si las comunicaciones estimulan la relación y producen renovadores movimientos de la economía y la política, bien puede considerarse lo que el mar significa como camino. La tierra es agua en tres cuartas partes. Esa cuarta parte —observa Schmitt— se nos ofrece como islas nadando en un acuático conjunto. Si el globo terráqueo ha de calificarse por el predominio de un elemento, será acuático o marino más que terrestre. Frente al oso, resumen del poder de raíz terrestre, salen del mar no sólo Leviatan, ballena simbolizante, sino Afrodita, diosa de la belleza de la mujer y del amor.

Lo que hicieron o lo que no hicieron los musulmanes se apoya en su relación con el viejo *mare nostrum*. El Mediterráneo tuvo antiguamente gran importancia, y a fines de la Edad Media la volvió a conquistar. La galera de remos o de vela del siglo XIII, el perfeccionamiento del timón y otras modificaciones hacen posible que las naves salgan del Mediterráneo y que naveguen bajo los vientos del invierno. Hasta principios del siglo XIV los buques venecianos abandonan ese circuito interior sólo excepcionalmente, pero ya desde 1314, tanto Venecia como Génova disponen de tipos de barcos que permiten atravesar las columnas de Hércules.

Otro ejemplo de mar, igualmente cerrada durante siglos, es la del Norte. Si algunos buques escandinavos llegaron hasta el Sur, lo hicieron en son de guerra. Hubo que esperar el desarrollo de la Hansa para que arriben al Atlántico navíos mercantiles. Recogen la sal de Bourgneuf y el vino de la Rochela, pero tardan en decidirse en topar en las costas de España.

Puede así decirse que durante seis siglos por lo menos, desde el año 500 al 1100, el régimen de la vida europea fue fundamentalmente terrestre. Debemos atender la sugerencia de Schmitt en torno a las consecuencias del ca-

rácter campesino de la masa de aquel tiempo, masa sobre la que descuellan señores y héroes que necesitaban llevar a su lado el capellán que les leyese y les escribiese. Esta clase no se hubiese podido mantener en el mando en un ambiente donde dominase el mundo marítimo. Precisamente por ello surge, como el saber medieval demuestra, aquella oposición de los estamentos dirigentes con los mercaderes y los marinos portadores de esas revolucionarias novedades de otras tierras que tanto maltraen a la élite instalada en el poder.

En fin, entre otras también valiosas implicaciones en torno a la parábola de la tierra y la mar, recordemos la genial visión de Hegel: «La mar —decía— incita a los hombres a la conquista, a la ganancia, a lanzarse hacia ese infinito que la mar parece; la tierra firme, por el contrario, fija a los hombres en el suelo». Se subraya, de este modo, la significación de la periferia, pues el volcarse hacia la mar puede ser igualmente fijarse en la costa, en la ribera, donde se tiene cita para todo contacto, ya que los litorales aglomeran hombres y mercaderías, recursos económicos y centros demográficos. Incluso cuando se ve que las dos grandes organizaciones sociales de nuestro tiempo —la USA y la URSS— arrancan de una excepcional valoración del interior (Pittsburg-Chicago y Ohio-Indiana, de una parte, y el propio Ruhr ruso, de los Urales a Kuznetz y Karaganda), se puede pensar que la superioridad *yanki* estriba en la litoralidad.

Si el espacio influye en la economía, influye también en la política (todo el tema de la topografía fundacional, desde Aristóteles, viene a prejuzgarlo), e incluso en la vida de expresión del pensamiento. Conjugado con un propio ambiente, con un estamento o una clase social, siendo ésta, en buena parte, resultado de aquél, por indirecta vía llega el espacio a influir en la literatura. Lo que el espacio significa en la vida del conquistador español del siglo XVI ha sido sagazmente señalado sobre un texto de Hernán Cortés y sobre un comentario de un soldado hecho prisionero por los indígenas.

Meditando en lo que significa el espacio, se comprende mejor, sin olvidar al tiempo, lo que representan algunas olvidadas categorías espirituales. Aquellas naves de Colón caminando hacia las Indias y aquellos españoles desasosegados ante un espacio inédito e insólito. Las cosas de acá —escribiría Cortés— aunque con nuestros propios ojos las vemos no las podemos con el entendimiento comprender...

Retornemos y concluyamos:

En el amplio abanico de las combinaciones imaginadas, todas estas fuerzas señalan sus puntos más altos. Chocan así en la vida de nuestro tiempo las tendencias aislantes que tratan de hacer consistir situaciones poco vigorosas. La interconexión social pende de la irrupción de las masas, y no podrá dejar

de depender de los contactos internacionales directos ni de ese gran fenómeno de transculturación que va siendo el turismo social.

A las veces he pensado que los obstáculos que presentan ciertas instituciones elaboradas en el siglo individualista se salvarían con facilidad si meditásemos sobre esta transformación. Hay una progresiva ampliación del ámbito social. Si sobre el individuo hubo que imponer el grupo, incluso creándolo (tal el ejemplo típico del partido) ahora importa superar el grupo para asociar a los hombres, en esa suma de vínculos que da consistencia al modo de vivir; contar con los grupos, pero también superar el espíritu de grupo.

Para educar el pueblo en la libertad —escribía Croce— no hay otro modo sino el de entregarles esa libertad y hacer que aprendan con su propia experiencia, acaso incluso rompiéndose las narices. Hacer otra cosa —añadía, aceptando un giro pintoresco— es como el padre que regala a los chicos un tambor y les amonesta para que no hagan ruido al tocarlo.

Suele afirmarse que las ideas y las acciones de los hombres están vinculadas a la posición que tales hombres ocupan u ocupamos. Pero aquí creo que lo político ha interferido lo social. Porque toda torrentera que lleva a un cambio social nace de un antagonismo, de un enfrentamiento decisivo, que es decir de una determinación política. Los cambios son producidos por la inquietud, por el desasosiego. Las gentes quietas y sosegadas dejan hacer. No les importan las acciones, ni las ideas. Al menos en tanto se los mantiene en tal posición. Toda política se apoya en una cierta desatención de las gentes.

¡Qué hermosa impresión la del estreno de la obra de Paul Claudel: *Le soulier de satin*, en el París triste de la Francia ocupada! En tal ambiente su éxito me pareció un síntoma que confortaba a todo europeo. Ver *Le soulier* exigía disponer de cinco horas, pues el espectáculo reúne treinta y cuatro cuadros. Pero lo más interesante era la explicación con que se anunciaba antes de levantarse el telón: «Escuchad —decíase—. Que nadie tosa. Tratad de comprender. Lo que no comprendáis es lo más hermoso»...

Y para colmo, el saber. ¿Cómo conciben el saber los latinos? Miguel Dols recuerda un término lleno de resonancias: «callere». En esa palabra los romanos veían un saber profundo. «como si en su ejercicio, según comenta Dols, hubiese encallecido la mente». Y es que la mente, de tanto trabajar sobre el mismo tema, de tanto saber, se ha hecho saber vivo, intrisecándose.

En estas horas graves —¿cuándo volverán a ser ligeras las horas del mundo?— meditemos, que aún nos queda esa posibilidad de meditar: historia, cultura, libertad, prudencia, saber. ¡Cuán enteras y vigorosas palabras! ¿Cómo ha podido desvalorizarse «el verbo» y hablarse peyorativamente de «las palabras»? ¡Cuán hondas y cuán recias estas eternas y seductoras nomenclaturas!

En ellas está —porque son nada menos que expresiones del pensamiento

humano— lo que califica la civilización, frente a esas barreras prebélicas y con aquella posible unidad pedida por Roma. Por eso la gran campaña contra el espíritu de Occidente reside en esa deformación del contenido de las palabras. Y si, como notó Paul Claudel, lo que ahora se discute son las bases mismas de la humanidad, el título que nos distingue del bruto, «nuestro derecho indeclinable al pensamiento, a la voluntad, al ser», todo ello está ahí en esas palabras, como luz latina, del mismo modo que el velamen hace resbalar la barquichuela sobre la superficie del mar nuestro...

La historia, como la vida y como el hombre, carga y contorno suyo.

JUAN BENEYTO

R É S U M É

L'homme est l'instrument des évènements historiques, mais en les mettant en oeuvre il ne peut faire abstraction du monde dans lequel il vit.

L'auteur rappelle les apports de Dilthey et de Heidegger pour déduire que l'homme non seulement fait l'Histoire sinon qu'il "se fait" dans elle.

La relation homme et changement est conséquence de la corrélation homme et temps. L'Histoire est dans l'action, qui apparaît généralement comme politique, mais aussi dans le fond de cette société qui est quelque chose de plus que la scène de l'action. Dans cette ligne il faut considérer ce que signifient les structures et les institutions, dans lesquelles se profilent et se configurent ces formes d'existence qui finissent par prendre consistance. De bons exemples en sont les villes de fondation et les bourgs de marchands.

D'autre part, les comportements collectivement sanctionnés, l'attribution de terres et de croyances, le rôle des religions et tant d'autres éléments, configurent l'homme et les hommes. Même le géohistorique: Il n'est pas surprenant que les hommes plus qualifiés pour l'unification procèdent de la périphérie. L'espace s'unit ainsi au temps historique qui est généralement connu comme temps concret, particularisé, lié à cet espace où l'homme surgit pour arriver à influencer le changement.

Enfin, tout changement exige un certain antagonisme, avec ou sans conflit. Il n'y a pas d'histoire sans deux types de personnes: ceux qui font et ceux qui laissent faire. Si ces derniers manquent, le changement sera belliqueux; s'ils occupent la première place, il sera pacifique.

S U M M A R Y

Man is the author of historical event but his intervention is itself dependent upon the world in which he lives.

Dilthey and Heidegger are quoted to support the view that man not only makes history but is also "made" within it.

The relationship between man and change is the result of that obtaining between man and time. History is to be read in (political) action certainly, but also lies within a society that is something more than a stage-set. It is with this in mind that one should consider the significance of structure and institutions, these being the patterns adopted by those type of existence which achieve definite shape. The old urban foundations and merchant towns are good examples.

Accepted standards of behaviour, loyalty to country and creed, the role of the religious denominations and many other elements have their part in the shaping of man and individual men. Even geohistory must be included. It is not surprising that the great unifiers should have been men from peripheral regions. Space is thus joined to historical time, which topically speaking is a concrete and particularized time linked to that space where man rises until he succeeds in exerting influence over change.

All change involves antagonism, with or without confrontation. History needs two kinds of people: those who do and those who let things be done. If the latter are absent change comes about through armed conflict; if they are present it arrives peacefully.